

*José Antonio Espina Barrio (1995),  
«Psicodrama. Nacimiento y desarrollo»*

JOSÉ MARÍA LÓPEZ SÁNCHEZ

Aburrido de una Universidad que decía serlo, mis años de estudiante universitario estuvieron lo más lejos posible de aquellas aulas donde se cultivaban el tedio intelectual, la compulsión a la repetición y los esquemas más desprovistos de vida que pudieran encontrarse. (Por cierto, muchos años después, la Universidad de este país ha conseguido un récord sorprendente: ser peor de lo que era antes). Y como todo aquello amenazaba la vigencia de mis veinte años, buena parte de ese tiempo se me fue en vivir las cuestiones que esa época cultural, social y política planteaba a sus jóvenes. Así que me ocupaba en el teatro universitario en Granada, me asomaba al mundo profesional del teatro en Madrid (allí asistí a una emblemática reunión con polémica A. Sastre-A. Buero, teatro de confrontación-teatro posible, en un Colegio Mayor, antes de los 60), o desempeñaba programas culturales de radio, o escribía en revistas universitarias de la época. Sentía la veracidad de «¿Qué es la literatura?» de J. P. Sartre y creía (tan legítimamente como mis compañeros creían que la fractura de Colles era reductible) que el mundo que se me mostraba también era reductible y modificable en sus aspectos más hirientes. De forma que cuando yo montaba y dirigía «Esperando a Godot» lo hacía en la certeza de que el teatro era terapéutico. Aquella idea también venía del pensamiento griego y su dramática. Y crecía conmigo, que en verdad pensaba que todo lo que hacía era terapéutico.

Entonces llegó el Teatro Terapéutico. Siendo estudiante de Medicina me lo contó un compañero de curso y amigo (luego, ahora, paidopsiquiatra y psicoanalista en Madrid, el doctor Carlos Cobo Medina). En unas actividades culturales que yo organizaba por entonces, en ámbitos universitarios, pedí un día a mi amigo Carlos Cobo que diese una conferencia

sobre lo que él tituló *Teatro Terapéutico: el Psicodrama*. Se llevó a cabo en Granada, un domingo por la mañana, a finales del año 1961. Mucho después, andando ya en tareas de especialidad, iba yo por Barcelona a las actividades, públicas, que incluyendo el Psicodrama organizaban Otaola y Grañén (*Instituto de Medicina Psicológica*, Avenida José Antonio, 579, Barcelona-11), de donde nos llegaban aquellos encantadores boletines y monografías de Cultura Psicológica. En Granada ya teníamos organizados los primeros equipos con estudiantes y personal de enfermería: trabajábamos sobre teoría psicodramática y su aplicación a la formación y demandas clínicas. Esto era en 1967. Este inicio en Psicodrama otorgaba gran atención al «rôle-playing» en tanto instrumento de aprendizaje y autenticación en las relaciones humanas, iniciación a la resolución de conflictos ulteriores por la solución de conflictos ficticios, pudiendo repetirse las situaciones para adaptarse a ellas, aprender a ver las trampas y dificultades y superarlas mediante el ensayo de estrategias (*Introducción al rôle-playing*, A. A. Schützenberger, 1979). Era cuando nuestro interés se centraba en las indicaciones del Psicodrama en clínica, en su eficacia en formación médica y psiquiátrica, así como en la organización de los mejores equipos de egos auxiliares, para lo que elaboramos un test de índice psicodramático (1968) presentado luego (1971) al XI Congreso Nacional de Neuropsiquiatría por J. Giner Ubago y col., como «test para la determinación del índice de espontaneidad». En esa línea, una de nuestras primeras publicaciones fue *Comentarios acerca de cien sesiones de Psicodrama* (enero de 1969), donde dábamos cuenta de esas experiencias formativas con estudiantes de medicina y enfermería, psiquiatras en formación, así como los aspectos técnicos relativos a la organización de equipos de Egos para el trabajo con pacientes. Mucho tiempo después vino la dedicación al Psicodrama Infantil, el trabajo con Grupos Paralelos (niños-pacientes y sus madres), los aspectos técnicos de los grupos infantiles (*Espacios terapéuticos en Psicodrama infantil*, 1982), etc. Los textos en castellano sobre Psicodrama que manejábamos eran argentinos, y gracias a ellos (Rojas Bermúdez, Martínez Bouquet y tantos otros, aparte las obras de J. L. Moreno) de una u otra forma íbamos echando a andar en los distintos lugares donde el Psicodrama se iniciaba. Textos propiamente dichos españoles, de autor, se iniciaron, que yo sepa, con el de Garrido Martín (J. L. Moreno, *Psicología del encuentro*, 1978) y algo después el mío (*El Psicodrama en Psiquiatría clínica*, 1982). Aún hoy, con algún que otro texto aparecido luego, todavía en este país no hay presencia bibliográfica suficiente de las actividades psicodramáticas que se llevan a cabo; publicaciones habituales sobre el método, sus aspectos históricos y conceptuales, sus problemas actuales en el terreno clínico o en el de la Formación. En este panorama, tan desigual, se creó en Granada (1984) la Asociación Española de Psicodrama que allí celebró su I Reunión Nacional. En la creación de esa Asociación muchas personas tuvieron que ver. Yo había conectado, mediando una presentación en Barcelona sobre Psicodrama en Psicodinámica, con la psicóloga Ruth Tarquini, que allí trabajaba, siendo una impulsora calificada del movimiento psicodramático. En Valladolid, y luego en Andalucía, el doctor José Luis Moreno Chaparro (y Mara) habían evidenciado una rica trayectoria profesional en este campo. Y el primer presidente de la Asociación fue Enric Grañén. Ellos tres (Enric, José Luis,

Ruth) no están ya entre nosotros, y en esta nota, donde se están evocando paisajes y personas, ellos deben ser recordados emocionadamente. De la Asociación sería luego presidente el doctor Espina Barrio, autor del libro que me honran en poder presentar aquí y que aparece publicado en Salamanca en 1995.

Debo decir que me parece el mejor de los (pocos) textos en castellano aparecidos hasta ahora y escritos por autor español. El libro consta de 214 páginas y ha sido cuidadosamente editado por Amarú Ediciones. Consta de dos grandes partes: la primera, titulada «Nacimiento del Psicodrama», donde se desgranar sus marcos históricos, culturales e ideológicos; la segunda, titulada «Desarrollo del Psicodrama», donde se da cuenta de su actualidad y desarrollos, sus elementos básicos (instrumentos, fases, lo imaginario, etc.) y sus conexiones con la Psicopatología. Se detiene el autor en el contexto *histórico* donde acontecen Moreno y su obra (pp. 22 y ss.) y en el contexto *intelectual* o ideológico, como en sus relaciones con el pensamiento de Kierkegaard o Wittgenstein, vgr. En orden al nacimiento del Psicodrama se detallan los autores que fueron referencias para J. L. Moreno (pp. 76 y ss.) con especial atención a H. Bergson y Martin Buber, autores de notable influencia en el creador del Psicodrama, lo que ocupa un arco que va de la noción de *Espontaneidad* hasta un territorio de postulados de índole existencial. Algunos autores (entre nosotros Martí Tusquets, *Psiquiatría Social*, 1976) han abordado la *teoría de la espontaneidad* moreniana en base a la obra de Bergson. Esa es una zona conceptual oscura en el pensamiento moreniano; habiéndose escrito: «Anzieu dice que Moreno quiso reinventar el concepto de inconsciente llamándolo espontaneidad» (D. Bustos, *Psicoterapia Psicodramática*, 1975, p. 24).

El estudio que en el libro se presenta de la figura, significación histórica de Jacob L. Moreno, en todo caso, es el más completo escrito hasta la fecha por un autor español. Han servido de apoyo datos básicos como los de Greenberg y de Marineau (*Psychodrama: Theory and therapy*, 1976; *J. L. Moreno 1889-1977. Father of psychodrama, sociometry and group psychotherapy*, 1989).

Del largo desarrollo del epígrafe *Psicodrama* del propio J. L. Moreno en el *Tratado de Psiquiatría* de Freedman, Kaplan y Sadock (t. II, pp. 2078-2098) se recogen en el texto de Espina Barrio los efectos y factores *terapéuticos* del método, así como los propuestos para psicoterapias grupales por Foulkes y Anthony (1964) y Sadock (1982), en páginas 127-129.

Se ha escrito que desde «un radical antagonismo Freud-Moreno», en la actualidad las posiciones de ambos han venido a complementarse, dando lugar a la aparición del Psicodrama Psicoanalítico, aunque éste no sea una disciplina de unívoco sentido y delimitación teórico-práctica. En todo caso, el acercamiento del Psicoanálisis al Psicodrama ha necesitado de un paso histórico intermedio: la *terapia grupal psicoanalítica* (Jiménez Avello, en *Modelos teóricos y técnicas psicodramáticas*, 1986). La situación actual de las Psicoterapias de Grupo en España ocupa en el texto de Espina Barrio (pp. 109 y ss.) un capítulo informativo del mayor interés para quienes se acercan, desde cualquier ámbito, a este singular y heterogéneo campo de tareas clínicas. Se hace puntual historia de la Sociedad

Española de Psicoterapia y Técnicas de Grupo (1971) hasta la posterior creación de la Asociación Española de Psicodrama (1984), dándose cuenta de los objetivos de ésta, sus principales actividades y los criterios específicos de admisión.

Las conexiones del Psicodrama con las áreas más duras de la Psicopatología ocupan la última parte del texto (p. 170 al final). Son recogidas muy diferentes experiencias psicodramáticas con pacientes *psicóticos* (por ejemplo, el trabajo de P. Bour). Entre nosotros, el libro de Rosales Fontcuberta (*La comprensión del psicótico a través del Psicodrama*, 1990) es un interesante manual introductorio a una aplicación tan ardua del método. De ese texto recogemos aquí estas palabras: «El Psicodrama se nos presenta como una terapia especialmente útil para trabajar las dificultades relacionales que aparecen en la convivencia diaria de los pacientes, entre ellos y con el equipo terapéutico, en el marco hospitalario; en la misma línea, los conflictos de relación experimentados en el ámbito familiar pueden ser abordados en el espacio psicodramático, ayudando a integrar el proceso terapéutico en la vida cotidiana: este último aspecto es esencialmente significativo en los programas terapéuticos desarrollados mediante hospitalización a tiempo parcial». Tal como ahí se dice cuando nosotros coordinamos la creación en Granada de un Hospital de Día y una anexa Unidad de Docencia y Psicoterapia (1987, Servicio Andaluz de Salud), los pacientes psicóticos hospitalizados en dicha institución contaron desde el inicio con un espacio psicodramático (que coordina el doctor Jiménez Bullejos), que a su vez permite la observación y participación de los alumnos de la Unidad como Egos Auxiliares, en una experiencia siempre enriquecedora y muchas veces sorprendente para ellos.

De alguna conversación nuestra con Espina Barrio pudimos deducir su interés en prolongar esta obra en un segundo volumen, que englobaría diferentes partes *clínicas*, quizá como un «libro de casos», una tarea que estimamos más que interesante y a la que desde aquí le apremiamos. Esa tarea debiera incluir, desde un punto de vista aplicado, la cuestión de los *límites* del Psicodrama con relación a otros enfoques y metodologías emparentadas. El mismo Espina Barrio se refirió a ese tema años atrás (*Psicodrama de los sueños. Integración de Psicoanálisis. Psicodrama y Gestalt*, 1991) y de ello se ocupa puntualmente en el libro que comentamos (pp. 115-116).

También ciertos territorios clínicos, como los *trastornos psicósomáticos*, en los que algunos venimos trabajando hace muchos años, debieran ser objeto de singular atención desde la teoría psicodramática. Si trabajamos desde la óptica del Pensamiento Operatorio a la precarización imaginaria, la escena se ofrece para el abordaje de esos trastornos como un lugar que permite eludir tanto el ámbito verbal mismo como rodear la conciencia de un conflicto arcaico difícilmente enunciable. Y en ello, nociones como «inyección fantasmática preverbal», el trabajo con «ensueños dirigidos», el alentamiento de la simbolización corporal naciente, etc., pueden constituir áreas de intervención del mayor interés teórico y clínico. Una apropiación *yoica* del *sentido* del *disturbio somático* (sin entrar en «qué es primero» en este campo) propiciará zonas de crecimiento per-

sonal (*psicosomático*) en conexión con la pulsión de vida. Porque, según la significación genérica de las últimas palabras del texto de Espina Barrio cuando habla de Psicodrama y psicosis, podemos terminar aquí diciendo que «la *función* del Psicodrama es cambiar la disociación, la amenaza y lo extraño, en lo coherente, lo amigable y lo familiar».

Deseamos desde aquí que este libro, tan coherente, resulte familiar en su uso a los psicodramatistas; como amigable a quienes se acerquen por vez primera a este ámbito de las psicoterapias.